

EOS

CUADERNOS DE 32 PÁGINAS DE VARIADA LECTURA
: : : FUNDADA EL 1.º DE FEBRERO DE 1916 : : :

Director responsable: ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Apartado 230.
Propietarios: FALCÓ Y BORRASÉ : Impresores-Editores.
ADMINISTRACIÓN: 7.ª Avenida, Este, N.º 42 : Apartado 638.
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

PRECIO DE SUSCRICIÓN:

Por series de 4 cuadernos.....	₡ 0.50
Número atrasado.....	0.20
Tomos empastados I, II, III y IV, cada uno.	3.00
EXTERIOR: 52 cuadernos, pago adelantado.	\$ 3.00

NOTAS: Los colaboradores que nos honren con sus producciones deberán dirigirse al señor Director.

Los canjes y todo lo relacionado con la Administración de EOS, a los señores Falcó y Borrásé.

AGENTES DE «EOS»

San José	José Marín
Heredia	Rafael J. Elizondo
Cartago	David Elizondo
Alajuela	Ramón Méndez
Limón	Agapito Solano
Puntarenas	Alfredo Moya
San Ramón	Nautilio Acosta
Naranjo	Demetrio Cordero
Puriscal	Carlos Charpentier
Coronado	Juan Méndez Chaves
Juan Viñas	Jaime Marín P.
Barba	Ismael Conejo C.
Atenas	Augusto Jenkins
San Antonio, Desamparados.	José M. Arguedas
Grecia.....	Juan Vte. Gutiérrez



Tenemos a la disposición de los lectores **TODOS** los números de EOS, desde el primer cuaderno.

TOMO VI

FEBRERO DE 1918

NÚM. 61

EOS

DIRECTOR RESPONSABLE:

E. Jiménez Rojas

APARTADO 230

Propietarios: FALCÓ Y BORRASÉ

Administración: 7.ª Av., Este, 42 - San José

Amenidades literarias

Al primer tapón, zurrapa!

En el n.º 6 de *Athenea*, órgano del Ateneo de Costa Rica, publican sus redactores la noticia del apareamiento de un nuevo libro de Brenes Mesén, reproducen, como aperitivo, *este bellissimo soneto* y esperan así haber cumplido una obligación de arte con sus lectores dándoles UN SORBO DE BELLEZA PURA.

Así como suena ¡UN SORBO DE BELLEZA PURA!
El soneto escogido dice así:

DEL NUEVO LIBRO DE BRENES MESÉN

TU QUEJA

*Enarenado de oro y de jacinto
se cubrió de violetas el sendero
de tus ojeras que un dolor austero
fué recorriendo con su alfanje al cinto.*

*Eros halado, el inmortal flechero,
te miraba llorar desde su plinto;
el venusto rosal, en rosa tinto,
imploraba a la flor del limonero.*

*Cayó el poniente de tu rostro en mi hombro
y se alargó el crepúsculo en asombro
del libico negror de tu guedeja.*

*Y a modo de bellísima azafata
la noche vino, con su piel de plata,
por el oro y jacinto de tu queja.*

R. BRENES MESÉN

¿Qué les parece a los lectores de Eos?

Para saborear a mi gusto este SORBO DE BELLEZA PURA, voy a transcribirlo a prosa llana, a fin de que resalten la originalidad y la belleza de los pensamientos que encarna.

Primera estrofa

El sendero de tus ojeras que un dolor austero fué recorriendo con su alfanje al cinto, enarenado de oro y de jacinto, se cubrió de violetas.

¿Qué fué recorriendo un dolor austero las ojeras o el sendero de ellas? Pero esta pregunta no tiene importancia alguna; es un reparo gramatical y es cosa averiguada que los *ilustres escritores* nada tienen que ver con la gramática.

Pero el pensamiento capital de la estrofa sí es original, originalísimo. Unas ojeras con sendero son, sin duda, ojeras muy originales; pero con sendero *enarenado* con arenas amarillas y moradas y recubierto de

violetas, mucho más. Quisiera yo saber adónde conduce ese sendero; y si no conduce a parte alguna, para qué sirve. ¡Tonto de mí! Pues para que *un dolor austero* lo vaya *recorriendo con su alfanje al cinto...* y las manos por detrás. Mas ¿qué tan grande sería ese dolor y qué andaría buscando por esas ojeras? Porque el dolor que todos conocemos va recto al corazón y lo traspasa con su espada, lo oprime, lo estruja, lo desgarrá, lo envenena, lo tortura, lo martiriza, lo...; pero no anda por las ojeras ni a sablazos, que yo sepa. Quizá por esto el del *soneto* llevaba su sable al cinto.

¡El sendero enarenado de tus ojeras! El sendero de la virtud, del deber, del honor, de la gloria, del cielo, de la montaña, de la aldea... se lee corrientemente, y todo el mundo sabe que *sendero* es senda, vereda, camino angosto que conduce o por donde se va a un sitio, paraje u objeto determinado.

Tal vez el *ilustre escritor* llamó *sendero enarenado de oro y de jacinto* las hundidas ojeras de su amada para poder decir decentemente que eran amarillentas y amoratadas y después de color morado claro; pero esta mutación no pudo hacerse, porque la combinación de amarillo y morado da un verde sucio descolorido. Y también porque unas ojeras de ese calibre y color, no son de las que pinta el fuego de la pasión contenida, sino las de la crápula y el vicio, o las que desfiguran el rostro de las víctimas de la tuberculosis intestinal. Lo más seguro es que puso *sendero* para que rimara con *austero*, adjetivo que no casa bien con *dolor*, (y aunque casara). *Agrio, astringente y áspero, retirado, penitente, rígido*, un dolorcillo que puede

recorrer unas ojeras holgadamente y con la cimitarra al cinto?

Segunda estrofa

La estatua del Amor halado (así está en *Athenea*) desde su base te estaba mirando llorar; y el hermoso y agraciado rosal, teñido de rosado, pedía con lágrimas o ruegos a la flor del limonero.

El *halado* se lo cuelgo al corrector de pruebas para que este ligero examen no pueda ser tachado de ensañamiento. Pero ¿por qué lloraba *ella*? y ¿qué le pedía con lágrimas o ruegos, ese *venusto rosal a la flor del limonero*? y quién es ese hermoso y agraciado rosal teñido de rosado? ¿Brenes Mesén? ¿Sería chistoso! Mas ¿qué tiene que ver todo esto con las ojeras del sendero o el sendero de las ojeras y el dolor austero de la primera estrofa?

Tercera estrofa

El occidente de tu cara cayó en mi hombro, y se prolongó el crepúsculo sorprendido (en asombro) de la negrura africana de tu cabello.

La originalidad sube de punto en este terceto. La cara de la enamorada de Brenes Mesén tiene puntos cardinales, y el poniente le cayó en un hombro a él. ¿De dónde le caería? ¿Pero cuál es el oeste de una cara de mujer? Si mira para Heredia, el izquierdo; si para Desamparados, el derecho; cualquiera de los dos, es decir, ninguno. Muy original todo esto.

Cuarta estrofa

Y como una bellísima «dama de tocador de la rei-

na» vino la noche clara *por el oro y jacinto de tu queja*.

Si esa señora hubiera venido *por el oro y jacinto* de las ojeras de la primera estrofa, tal cual; pero ¿por las de *tu queja*? ¿Cuál queja? ¿La del título del *soneto*?

Y que a estas soserías pedestremente rimadas, las apelliden los redactores del *órgano del Ateneo de Costa Rica*, SORBO DE BELLEZA PURA!

¿*Sorbo de belleza pura* una composición que no es siquiera literaria? Requieren las de esta especie bondad de pensamiento y perfección de lenguaje. «En vano se engalana un pensamiento necio con todos los atavíos del lenguaje; en vano, asimismo, será el pensamiento bueno si está expresado de un modo confuso y desaliñado; en los dos casos el escrito deberá tenerse por defectuoso, y merecerá desprecio.»

El que acabo de examinar, como lo ha visto el lector, no tiene un solo pensamiento bueno, y su forma es detestable como voy a hacerlo patente.

¿Qué es *soneto*? Una composición poética *en extremo artificiosa* y restringida en su forma y en su fondo, no constando más que de dos cuartetos y dos tercetos, rimados de igual manera, para *desarrollar convenientemente un solo pensamiento*, y terminando el último verso con un rasgo notable, pero no extraño al pensamiento capital de la composición.

Decirle a los lectores de Eos por qué son malos los catorce versos de la composición que examinamos, sería desconfiar de su buen gusto. El les dirá desde luego que esos versos carecen de fluidez, de armonía, de elegancia, de inspiración poética, de propiedad en los términos, y que se siente el esfuerzo del versifi-

cador inhábil, del buscador de voces y frases raras y de una originalidad que nunca alcanza, cayendo al fin, fatigado y maltrecho, en la extravagancia, la variedad o la vulgaridad del concepto. Pero sí debo anotar que los cuartetos no llenan las condiciones del soneto, pues si bien en ambos se hallan las mismas rimas, no están distribuidas en el mismo orden. Esta falta fué debida quizá a la peculiar manera de componer del autor, si no me equivoco. Brenes Mesén, que suda, por decirlo así, sus versos—tanto trabajo le cuesta fabricarlos—parece hacerlos de dos en dos y acomódarlos luego. Así, en este segundo cuarteto, hizo los dos primeros versos; después los otros dos y, al arreglarlos en cuarteto, se equivocó de lugar u olvidó la colocación de los consonantes del primero. Veámoslo, si no.

- 1°. Eros halado, el inmortal flechero,
- 2°. te miraba llorar desde su plinto;
- 3°. el venusto rosal, en rosa tinto,
- 4°. imploraba a la flor del limonero.

Hagamos un simple cambio de lugar:

- 2°. Te miraba llorar desde su plinto
- 1°. Eros halado, el inmortal flechero;
- 4°. imploraba a la flor del limonero
- 3°. el venusto rosal, en rosa tinto.

Y queda subsanada la falta; pero no por esto mejor el soneto.

Nada digo del ripio *el inmortal flechero*, porque le fué indispensable al autor para rimar con *limonero*.

De manera que si ese SORBO DE BELLEZA PURA no tiene ni pensamiento convenientemente desarro-

llado, ni forma artística y adecuada, ni final notable resulta que ni siquiera es *soneto*.

Pero si de ese *soneto* no queda nada, sí queda sobre la conciencia de la redacción de *Athenea* el siguiente párrafo—inconcebible y despampanante—que merecería la supresión de esa revista si Brenes Mesén no viviera lleno de su propia suficiencia y arrodillado ante su propia efigie:

«Siempre que aparece un nuevo libro de Brenes Mesén, el espíritu se prepara para recibirlo, como se prepara un místico para recibir la hostia. *Pastorales y Jacintos* se llama este último libro del ilustre escritor costarricense que en menos de dos años nos ha sorprendido con una serie de publicaciones, que cada una de ellas hace un acontecimiento. Dichoso mil veces el ánimo que como el suyo, está tocado perennemente por la mano celeste de la musa y que le permite ir en una gradación de belleza. Nueva la forma del verso, pura la expresión, todo con un halo luminoso que le presta el alma, estas composiciones del maestro serán el motivo espiritual y dilecto de cuantos hayan querido abreviar en ellas.

Athenea acoge este bellísimo soneto y espera así haber cumplido una obligación de arte con sus lectores dándoles un sorbo de belleza pura.»

Párrafos como éste no se comentan: exhibirlos es condenarlos.

Afortunadamente, la mudanza de los tiempos suele tornar los incensarios en mazas trituradoras de los mismos ídolos que antes incensaran. ¡Las víctimas literarias de Brenes Mesén y sus áulicos serán vendadas!

Y si alguien dijere que tengo inquina a Brenes Mesén y sus versos, le diría que se equivoca; que yo no hubiera escrito una sola de las líneas anteriores si el bochornoso párrafo de *Athenea* no se hubiera publicado. Algún correctivo han de tener semejantes monstruosidades.

HEALTHY

Enero 26 de 1918.

El poeta que aspire al aprecio de un público ilustrado, debe ante todo poner pensamiento en sus versos. La verdadera poesía no es frívola ni retozona, sino contemplativa y profunda. Las bagatelas canoras no sirven sino para halagar un rato los oídos, y a lo más alcanzarán, como graciosas tonadas, los honores efímeros de la moda, nunca el prez inmortal de las sublimes concepciones del Arte.

MIGUEL ANTONIO CARO

Del *Almanaque de Barry* para 1918:

Dos hombres estaban discutiendo los méritos de un libro. Finalmente, uno de ellos, que era escritor, le dijo al otro:

—No, Tiburcio, usted no puede juzgarlo. No ha escrito jamás un libro.

—No, replicó Tiburcio, tampoco puse jamás un huevo y estoy en mejores condiciones para juzgar los méritos de una tortilla que cualquier gallina de la república.

A propósito de un poeta decadente*

Entre otros, daremos hoy a conocer a los lectores uno de los sonetos de la obra de un famoso poeta; pero no haremos su disección, porque nada sacamos en limpio de su ideología. Únicamente inquirimos el porqué del epígrafe:

SOLO VERDE-AMARILLO PARA FLAUTA LLAVE DE U

Virgilio es amarillo
y Fray Luis verde.
(Manera de Mallarmé)

- (Andante) Ursula punza la boyuna yunta;
La lujuria perfuma con su fruta,
La púbera frescura de la ruta
Por donde ondula la venusa junta.
- (Piano) Recién la hirsuta barba rubia apunta
Al Dios Agricultura. La impoluta (Pianísimo)
Uña fecunda del amor, debuta
- (Crescendo) Cual una duda de nupcial pregunta.

* Sabemos que Herrera Reissig murió ya, según la noticia que nos da *Convivio* al hacer la apología del vate uruguayo; pero como los señores Brenes Mesén y García Monge lo presentan a la juventud costarricense como modelo digno de imitarse, no podemos prescindir de hacer algunas observaciones y llamar la atención de los jóvenes hacia ese pecado de lesa buen gusto en que han incurrido los dos escritores nombrados, que además son profesores de reconocida influencia en la juventud que se educa. No salimos aún del estupor que nos causó la lectura de algunas composiciones del señor Herrera Reissig, que prologa Brenes Mesén y que edita García Monge; y más aún por lo que atañe al último, que siempre ha dado pruebas de otra organización mental y de buenos estudios literarios. No se diga, pues, que criticamos por criticar, cuando criticamos las obras de un muerto.

Anuncian lluvias, las adustas lunas.
Almizcladuras, uvas, aceitunas,
(Forte) Gulas de mar, fortunas de las musas;

Hay bilis en las rudas armaduras;
(Fortísimo) Han madurado todas las verduras,
Y una burra hace hablar las cornamusas.

Vamos con el epígrafe: *Virgilio es amarillo y, Fray Luis verde.*

¡Poderosa síntesis para cuya interpretación no bastan nuestros pobres recursos de Hermenéutica! Este verde y aquel amarillo parecen a manera de comprimidos que entrañaran modalidades de intelectualidad o de estilo de los escritores a quienes se señala con esos colores, o bien condensación de las reflexiones de su espíritu en un género literario dado.

¿De dónde le viene a Virgilio el ser amarillo? Sabemos que era de «cuerpo débil, estómago delicado, muy frugal y sobrio, y naturalmente serio y melancólico»; pero su sobriedad y su delicadeza de estómago no serían parte a hacer de él un anémico, porque no son tales los antecedentes obligados de la anemia y porque el vigor intelectual de toda su vida no se compagina con semejante estado fisiológico.

¿Se referirá lo de amarillo a lo moral? En este campo, el amarillo podría significar inmodestia—la cual está a mucha distancia del más modesto de los poetas latinos—o envidia, a la cual sí cuadra la amarillez como atributo propio, expresado de manera poética y brillante en aquel verso de Ovidio: *Pallor in ore sedet, macies in corpore toto* (la palidez se asienta en su rostro y la flacura en todo su cuerpo);

pero no encontramos fundamento para que por esa vía haya el poeta encaminado la amarillez hacia Virgilio, porque si bien imitó a Homero en la épica, y siguió en la bucólica los pasos de Teócrito, pasajes hay en las obras de uno y otro género en que excedió a sus modelos. En ninguna parte se hallará, dice uno de sus críticos, un canto de epopeya tan dramático, como en el segundo libro de la *Eneida*, en que alternativamente se ve estampada la grandeza homérica, la majestad de Sófocles y la sensibilidad de Eurípides. Ha sido menester tomar el pincel de la musa trágica para trazar aquel gran drama de la ruina de Troya; y ni Eurípides ni Racine han sido tan elocuentes para excitar la compasión o el temor. Y refiriéndose a él como poeta bucólico: «No sabe dar dulces sonidos el caramillo sino cuando toca tonadas tristes; entonces sólo es poeta verdadero y original; y si toma todas las ideas de Teócrito, es para darles una expresión, una vida de que no era capaz Teócrito.» Por otra parte, la imitación en este caso o forma, no está teñida de envidia, antes es tributo que se rinde a la invención.

¿Y en qué predicado queda Fray Luis con su verde? Verde vale tanto como libre, obscuro, y se dice de quien conserva costumbres impropias a su edad o de su estado, significación que tiene VERDE en la frase *viejo verde*. Verde se aplica también a la juventud, y se dice de las cosas a las cuales falta mucho para perfeccionarse, todo lo cual no parece ir con Fray Luis.

¿Estribará la diferencia de color de Virgilio y Fray Luis en que pintan de diverso modo las escenas de la naturaleza? Ambos son poetas del sentimiento y aman

los deleites de la vida pastoral al dulce lamentar de la elegía.

¿Simbolizarán el verde y el amarillo la diversidad de estilo, de edad, de estaciones, de aspectos de la naturaleza? Estamos por creer que esos colores tienen su sentido esotérico.

Quizá el cursi título del soneto: *Solo verde amarillo para flauta*, nos da alguna luz. El enunciarse aquí el verde con antelación al amarillo, y el dar entre sus primeros pasos el soneto el de «Recién apunta su hirsuta barba rubia el Dios Agricultura» y terminar con la madurez de todas las verduras, y el hacer una burra hablar las cornamusas, parece como si el verde simbolizara el brotar de las verduras y el amarillo el madurar de ellas.

Que es para flauta y que debe ejecutarse en la llave de U, ya es más fácil de reconocerlo por las 48 *ues* de la composición, casi todas en lugar prominente, y por hablar de las cornamusas, siendo maestra una pobre burra.

¡Estos decadentes! ¡Ni las olas de don Mariano Valencia!

JUAN DE LAS VIÑAS

«Para que en Colombia, sin graves inconvenientes, haya candidatos presidenciales de transacción, sin acabar con la disciplina intelectual y moral de los partidos, sería necesario cambiar las elecciones populares por las elecciones hechas por el Congreso.»

Tomamos estas palabras del *Manifiesto a los liberales del país* que acaban de hacer unos cuantos respetables liberales colombianos. Es nuestra teoría.

EL CONCEPTO NIETZSCHIANO Y LA ALEMANIA ACTUAL

Algunos espíritus acendradamente germanófilos, pretendiendo justificar, en cierto modo, las subversiones éticas que ha provocado Alemania con su doctrinarismo de la fuerza, considerándola como único valor prevalente, han argumentado que esa ideología es derivada del concepto nietzschiano, que concede el derecho y la razón a los más fuertes. Este criterio exteriorizado así en forma simplista, no debiera ni mencionarse para restarle de esa manera todo fundamento valedero; pero un escritor español, de simpatías aliadófilas, como Alcalá Galiano, vierte en un libro reciente, publicado con motivo de la guerra, conceptos erróneos sobre las ideas filosóficas de Nietzsche, y atribuye a éste, una influencia directa y profunda en la moral, que en la presente contienda ha hecho de Alemania la más genuina preconizadora de la violencia.

Alcalá Galiano revela, en el citado libro, desconocer fundamentalmente las ideas del autor de *Zaratustra*, de la ética superior, que ha hecho perdurables sus obras. Nada más radicalmente antagónico con las ideas que ha expuesto Alemania reiteradas veces, que la filosofía nietzschiana. Este admirable filósofo, que im-

puso una nueva tabla de valores éticos en contraposición a la que ha perpetuado el cristianismo, renegó siempre de su patria, y en sus obras ha dejado plasmadas en un estilo cálido, lírico, pleno de emoción, frases candentes contra el país que había desdeñado nobles principios filosóficos para exaltar con orgullo la figura torva y recia de Bismarck y de otros apóstoles de la impulsividad y de la energía física sistematizada.

El creador del superhombre sentía gran amor hacia el latinismo que encarnaba en la patria francesa, llamándole país de espíritus alados y originales. El también sentía, y lo exteriorizaba en sus obras, gran apego a las formas amables y ondulantes que en la literatura francesa han puesto la gracia única y cautivadora de la ironía.

El vigoroso pensador de *La gaya Ciencia*, que no usaba de la sátira en forma sistematizada, la empleó en muchos de sus libros contra su propia patria. Sus mismas palabras, abonan nuestra aserción: «No sólo es evidente que la cultura alemana está en decadencia, sino que no faltan las razones suficientes para que esto suceda. En último extremo, nadie puede gastar más de lo que tiene, lo mismo los individuos que los pueblos. Si se gasta en el poderío, en la política grande, en la economía, en el comercio internacional, en el parlamentarismo, en los intereses militares, si se disipa en ese aspecto de la vida la dosis de razón, de seriedad, de voluntad, de dominio de sí mismo, el otro aspecto tiene que resentirse. La cultura y el estado son términos antagónicos». Estos conceptos, por extensión, pueden darnos la pauta para seguir

la orientación política de los países de América. El auge de los factores que generan el engrandecimiento político y material de los pueblos, provoca invariablemente, «compensativamente», la depreciación de los valores éticos, de las potencias espirituales. En Alemania, la cultura, entendida en el sentido de capacidad ética, adolece de evidentes y lamentables vicios. Ya se ha dicho que es una cultura especial carente de sensibilidad, de emoción. Cultura a la que es necesario infundir la levadura del sentimiento.

Nietzsche antipatriota, en el alto sentido, y extraordinario creador de cultura, analiza en uno de sus libros la cultura alemana que es la misma que se difundía antes de la guerra: «En todas partes se va comprendiendo qué ya en el negocio principal—que es siempre la cultura—a los alemanes nadie les toma en cuenta ¿Podéis presentar una sola inteligencia que merezca llamar la atención de Europa, una inteligencia como Goethe, como Hegel, como Heine, como Schopenhauer, digna en suma de alternar con ellos? El que no haya ni un filósofo alemán, produce asombro.»

Estas expresiones de un pensamiento alemán, pleno de vigor y de originalidad, no han de ser citadas, estamos seguros, por los que atribuyen a las ideas de Nietzsche influencia decisiva en la orientación filosófica de la Alemania actual.

¿Quién, que no desconozca el concepto nietzschiano aplicado al desenvolvimiento político y cultural de los pueblos, puede afirmar que dicho filósofo ha sido

~~■~~ Sin engrandecimiento moral, no puede haber engrandecimiento político y material que sea estable.—E. J. R.

el que ha engendrado, con su nueva tabla de valores, la Alemania de ahora, conquistadora y prepotente, engreída en su potencialidad militar y propulsora del espíritu de conquista más evidente?

La ética nietzschiana, en oposición al cristianismo, perpetuador de un ideal negativo, de renunciamiento y de cobardía, preconiza, como condición esencial en el hombre, para lograr el desarrollo integral de sus facultades, el sentido de la libertad individual, de la más perfecta independencia moral. ¿Y quién puede ignorar que la Alemania de hoy es país esencialmente rebañego, en donde los ciudadanos, sometidos a la tiranía del Estado, absorbente y neutralizadora, siempre son despojados de su legítimo albedrío, de la necesaria autonomía que una vez obtenida los haría dueños de sus actos políticos y morales?

La menor independencia intelectual está proscrita en Alemania desde mucho antes de la guerra, y, carente el ciudadano germano de esa forma de personalidad, su sometimiento a la potestad militar es absoluto y negativo.

Otro aspecto de la Alemania contemporánea en oposición a lo que hemos dado en llamar el concepto nietzschiano es sus ideas del militarismo, o sea de la fuerza legalizada al servicio del Estado. El ideal militarista, que se ha concretado en Alemania en forma bien terminante e inequívoca, anula y repele el ideal de libertad individual, de reintegración de personalidad, que preconiza Nietzsche en casi todas sus obras. Militarismo, ya se ha dicho, implica sometimiento de voluntades, renuncia del «yo», de la facultad de bas-tarse a sí mismo en los deliberados actos de la con-

ciencia. En Alemania ha triunfado y se ha impuesto una ética de subordinación, que está en abierta contradicción con las ideas que sobre la libertad personal ha dejado exteriorizadas en sus libros el filósofo que predicó el evangelio de la vida, el evangelio afirmativo de la voluntad de vivir. «El dogma de obediencia», fundamento básico del militarismo, fué condenado acerbamente por Nietzsche. Mal podrían dictarse fórmulas de autonomía individual y favorecer al mismo tiempo el sometimiento y la anulación de la libre individualidad con el dogma del militarismo mecanizador de voluntades, o sea antivolutivo.

El concepto individualista de Nietzsche, entendido en el más alto sentido, que no excluye el de solidaridad, no ha cristalizado tampoco en Alemania.

Aunque resulte un tanto paradójico, si observamos con detención el espíritu del pueblo inglés, encontramos en él el sentido del individualismo tal como lo preconizaba Nietzsche, donde el ciudadano goza de la plena autonomía de sus actos políticos y morales y la tiranía del Estado no se hace sentir en forma directa e imperativa para imponerle obligaciones inconvenientes, para hacerle creer en concepciones que repudia o para obligarlo a pensar acorde con las ideas del gobierno. La autonomía que goza el individuo inglés, es la que predica Nietzsche en sus obras como condición esencialísima para llegar a alcanzar el ideal de integridad moral e intelectual, que al darnos conciencia de nuestro propio destino en la sociedad, elevará el ánimo hacia realizaciones superiores, hacia conquistas que signifiquen, a la vez que un elevamiento, una profunda perfección en la vida humana.

La cultura alemana actual rígida, incolora, sin gracia y carente de fórmulas gráciles, es opuesta también al concepto de Nietzsche. Este filósofo, que heredó de los griegos el culto de la belleza y el culto de la ciencia que el divino Platón enriqueció con su sabiduría, ostenta en todas sus obras, como características inconfundibles, todas aquellas virtudes que han hecho de la literatura francesa, de la ciencia literaria y filosófica francesa, la primera en gracia, en colorido, en amenidad. Carece en absoluto Nietzsche, de la pesantez germana tan crudamente reprochada en estos últimos tiempos por los escritores y artistas latinos. Su estilo es armonioso siempre, claro, sintético y musical. Ostentando estas cualidades que son las que han dado vida eterna, encanto único a las letras francesas, Nietzsche es más que germano, un espíritu esencialmente francés, nutrido en fuentes amables, quizás un heredero de aquellos abates, que a la adusta filosofía escolástica infundían la dulzura y fragancia de un madrigal.

El acendrado cristianismo del pueblo alemán también contradice las ideas que sobre la religión cristiana concretó Nietzsche en sus obras. El autor de *El anticristo*, antirreligioso y antimoralista, condenó en páginas admirables la ética subalterna del cristianismo, generadora de la presente civilización, cuyo fracaso, cuya acción negativa en las almas y en los pueblos nos evidencia la presente guerra europea. El pueblo alemán con su inflamado amor al cristianismo y a la moral que de esa doctrina se desprende, no ha vacilado en proclamar principios de crueldad y de rigor para los enemigos, en el transcurso de la pre-

sente contienda, lo que significa, no sólo la inutilidad de dicha moral, que concita a la piedad y la compasión, sino el desatentado influjo que ella ha ejercido en los pueblos que, como el alemán, la han incorporado, después de robustecerla y afirmarla con la Reforma, a la vida nacional e institucional. La moral cristiana predominante en Alemania, como en ningún otro país, ha sido repudiada por Nietzsche en sus obras. Este filósofo se proclamaba irreligioso e immoralista y por lo mismo no podía influenciar a la Alemania contemporánea, en la que vive el dogma religioso del cristianismo con fuerte arraigo en las almas y en la conciencia estatal *.

Los eternos detractores de la moral nietzschiana, moral que se fundamenta en el culto a la vida y en el repudio de las formas que limiten el desarrollo de los instintos más vitales en el hombre, han creído ver en la Alemania de hoy, a la más genuina realizadora de la concepción del superhombre; de ese extraordinario arquetipo, en que Nietzsche nos dió una suprema representación del hombre-héroe integralmente perfecto, plenamente varonil, serenamente hermoso y fuerte, y, por lo mismo, más dueño de las modalidades de la razón y del espíritu y menos expuesto a las formas de la violencia y de la injusticia. La concepción del superhombre, que muchos espíritus interpretan torcidamente y en quienes se han indigestado algunas ideas del autor de *El origen de la tragedia*, significa la más alta y noble concepción que del individuo se haya afirmado. Los que crean que las ideas de Nietzsche entendidas en el mejor sentido, tienden a favorecer y estimular las subversiones de distinto

orden que ha realizado Alemania, tergiversando todos los valores, aun los mismos que impusiera la moral nietschiana, se encuentran en un evidente error, tanto más lamentable, cuanto que dicho error los hace desvirtuar la generosa transcendencia que en la sociedad contemporánea han tenido y tienen las ideas filosóficas del autor de *Zaratustra*. Alguien también ha argumentado, con un adorable desconocimiento, que Nietzsche favorecía con su doctrina las ideas autocráticas y la perpetuación de los poderes despóticos y abusivos. Destruída la concepción equívoca del superhombre, se destruye por lo mismo este otro error. Nietzsche ha dicho, que sólo los esclavos, los oprimidos, los injuriados por la tiranía son los que ostentan madera de superhombres. En ellos ve levadura para que se imponga su noble arquetipo de perfección y de virilidad. En armonía con este concepto, siempre hemos creído que el filósofo del optimismo había favorecido los principios de la democracia, de la alta democracia, que no es la misma que ahora se practica en los pueblos de América. Y robusteciendo nuestra opinión, Alvaro de Albornoz, original pensador y sociólogo, en su libro *Socialismo e Individualismo*, emite estas ideas: «Se ha creído ver en Nietzsche un enemigo jurado, acérrimo, del movimiento social de nuestros días. Sus ideas individualistas han sido lanzadas a los cuatro vientos como una protesta contra lo que se ha dado en llamar *gregarismo*, contra el espíritu social, que es la tiranía, el gran enemigo del yo; sin embargo, para uno de sus críticos, M. Gystrow, Nietzsche fué un socialista sincero, un verdadero demócrata». Y concluye un capítulo de su hermoso

libro: «En vez de ver en Nietzsche un enemigo de la democracia, deben ver en él uno de sus mejores guías». El pueblo inglés, repitiendo el concepto, nos lo demuestra; junto al espíritu democrático, gregario, de asociación, surge un consciente individualismo, que le ha dado, al fusionar estas dos modalidades, un patrón de civilización integral digno de emularse por los pueblos de América, tan apegados todavía a formas de verdadero reaccionarismo político y social.

La ética de Alemania, que ha provocado desde iniciada la guerra condenables subversiones, debemos buscarla en otros filósofos, que como Hegel y más tarde Fichte, según lo afirma y demuestra García Calderón, prepararon, con su concepto materialista exaltado de la energía intensificada, la creación del imperialismo, cuyas ansias de expansión y de conquista había de estimular después aquel espíritu que era extraordinario por lo salvaje y por lo astuto y que se llamó Bismarck. De la filosofía hegeliana, los alemanes de hoy hacen derivar ese doctrinarismo difuso, esencialmente materialista, que ha culminado en sus efectos negativos, en las teorías absurdas y petulantes de los militares y políticos germanos. Ya hace tiempo que en Alemania se insinuaban las ideas que ha puesto en práctica con motivo de la guerra. Diversos factores venían forjando esta crisis de valores éticos. Su gran plenitud de ideas agresivas, su patriotismo hostil, el cientificismo frío, mecanizado, la egolatría hurafía de sus políticos y un poderío material extraordinario desbordante, nos habían anticipado ya la ulterior actitud de Alemania, actitud que ha obligado a que se vuelvan contra ella los pueblos que como Francia e Inglaterra

representan el mayor acervo de civilización y en los cuales los valores éticos se han consolidado definitivamente y tienen en la actualidad legítima prevalencia.

WIFREDO PI

De *Nosotros*, de Buenos Aires.

* Para ser justo, el autor de este artículo habría debido hacer clara distinción entre el cristianismo de Alemania (el LUTERANISMO) y el cristianismo de las otras principales naciones de Europa. La doctrina luterana es la doctrina de la *justificación por la fe sola*. Según Lutero, puede uno PECAR CON FUERZA (son sus palabras), que para salvarse lo que precisa es *creerse bueno y salvado*. Las doctrinas cristianas que prevalecen en Inglaterra, Francia, Italia y Rusia son doctrinas de justificación por la fe, por la gracia y —sobre todo— por las BUENAS OBRAS.

E. J. R.

Ilustración y homicidio, según datos de Zozaya:

	Analfabetos por 100	homicidios por millón de habitantes
<i>España</i>	48,00	74
<i>Francia</i>	10,70	14
<i>Inglaterra</i>	6,00	5
<i>Alemania</i>	0,03	3

En general, el número de homicidios disminuye conforme la ilustración aumenta. Alemania ocupa el puesto de honor.

Dividiendo cada número de la 2ª. columna por el respectivo de la 1ª. (74 : 48, etc.,) se tiene lo que puede llamarse el coeficiente de *eficacia* de la ilustración. El orden de honor es entonces:

- I.—Inglaterra
- II.—Francia
- III.—España
- IV.—Alemania

Los escritores hispano-americanos y la guerra europea

Prefacio de un libro en francés de Francisco Contreras

Un hecho capital ha sido evidenciado por esta guerra inverosímil, que ha puesto en pugna a los pueblos de todas las partes del mundo y que tiene pendientes, sobre los campos de batalla europeos, los destinos mismos de la humanidad: la potencia de las ideas morales elaboradas por la civilización celtolatina, propagadas por el genio francés, sostenidas hasta los sacrificios supremos por la Bélgica mártir y por los soldados del Marne. Habiendo concebido el plan de arruinar por el método implacable las fuerzas secretas de que el genio extrae sus recursos insospechados y de hacer progresivamente reinar en el mundo entero la concepción utilitaria pangermanista contra el culto caballeresco del honor, la Alemania científica y feroz había creído deducir de sus cálculos pacientes la certitud de la inutilidad de los escrúpulos y, rígida en su fuerza tan estrictamente disciplinada cuanto desprovista de todo miramiento, había concluido por creerse predestinada para hacer prevalecer en la humanidad una nueva escala de valores establecida por ella sola.

Reemplazando el individuo por el grupo, declaraba caducas las nociones de derecho, que son la salvaguardia de los débiles; desligándose de todos los compromisos con las otras naciones, conceptuadas inferiores a causa de su sentimentalismo y *ordo rerum*, pretendía implantar así para su provecho exclusivo el *novus ordo rerum*.

Ingrata para con todos los que la habían precedido en la vía de los descubrimientos, absolvía anticipadamente todos los crímenes cometidos en su nombre y destinados a establecer, cueste lo que cueste, su supremacía. Así renunciaba a todo ideal verdaderamente humano y desinteresado. Sus profesores, sus sabios, sus intelectuales habían trazado minuciosamente la vía por la cual un día u otro se lanzarían sus ejércitos, y los alemanes, con el auxilio de una prosperidad material sin ejemplo, habían terminado por hacer creer al universo que ellos solos poseían las fórmulas del porvenir, que la Francia decadente desde 1870 había abdicado en sus manos, y que Inglaterra misma empezaba a rodar por la pendiente que lleva a los abismos.

Enriquecidos audaces, esos alemanes que pretendían tener el monopolio de la documentación precisa y del realismo científico, se manifestaban cerrados para la comprensión concienzuda de las energías secretas que conducen una civilización verdadera hacia fines generosos. Filólogos de antiparras, permanecían ciegos ante el misterio de las palabras que son «la matriz de los dioses» y que son la carne misma de las ideas directoras de la humanidad. Al mismo tiempo que esa nación encontraba la resistencia de los belgas de Lieja

y de los franceses del Marne, la marcha triunfal de sus ciudadanos chocaba con las palabras-hadas: las palabras sagradas, las palabras *tabou*, de honor, de respeto de los tratados, de derecho de los pueblos. Su cínica teoría de «la necesidad hace la ley» y de «pedazos de papel» destruía de un solo golpe la confianza, ha podido decir el gran Verhaeren. Y esas palabras galvanizaron en contra suya todas las partes de la humanidad que ellos juzgaban atrasadas porque parecían resueltas a no aceptar el rol humillante de «abejas cereras» o recogedoras de polen de la gran colmena pangermanista.

La formidable labor de la Alemania contemporánea, sus métodos técnicos, habían conquistado a esta nación amplia estimación y muchos se negaban a creerla esencialmente agresiva; ella podía así denigrar a Francia, impunemente. La violación de la neutralidad belga mostró bruscamente el abismo en que podía caer la civilización. En los gobiernos que no eran cómplices, hubo un estremecimiento de espanto. El estremecimiento se propagó y, en tanto que los intelectuales alemanes afirmaban su solidaridad absoluta con el militarismo prusiano, el pensamiento de las otras naciones se recogía ansioso e indignado. Hay que reconocer a Bélgica el mérito de haber salvado a Francia y la Civilización, no solamente por el heroísmo sin igual que desplegó, sino también porque permitió al mundo entero ver de qué lado se encontraban los verdaderos culpables y transparentar los designios germánicos.

En ninguna parte como en la América Latina, de Buenos Aires a Santiago de Chile, de Río Janeiro a

Caracas, de Montevideo a Lima, a la Habana, a México mismo, se manifestó tan espontáneamente el movimiento de reprobación contra los procedimientos de la Kultura alemana. Esta adhesión sin reservas a la justa tesis de los Aliados de la Entente, es un fenómeno tanto más digno de consideración cuanto que aparece como completamente desinteresado. Desde el primer momento, toma la amplitud de su impulso, de la conciencia, y es ello lo que le da una significación superior. A pesar del cúmulo de intereses importantes con que Alemania envolvía sus respectivos países, los más notables pensadores, poetas y escritores del Nuevo Mundo sintieron que el porvenir de la América era solidario de Francia, y lo proclamaron vigorosamente.

Francia, cubierta de heridas, tiene derecho a extraer de tal manifestación de toda una *élite* intelectual admiradora de su genio, un inmenso alivio, un justo orgullo. Tiene, también, el deber de interesarse por los que tan valientemente han tomado su defensa en medio de las más graves dificultades; pues, conviene repetirlo, Alemania había urdido sabias intrigas a través de esos países de porvenir, en los cuales soñaba instalarse un día sobrenaturalmente. ¿Tendrá, en fin, Francia conciencia de su imperio, que es inmenso y puro? Hija por la sangre de España y Portugal, América Latina, ¿no había adoptado nuestro ideal? Su pensamiento ¿no prolonga ultra los mares el pensamiento francés? Ella ha hecho suyos los principios de nuestra revolución; sin abdicar de su culto ancestral del honor, se ha iniciado en las finezas de nuestro gusto y sobre su tradición caballeresca ha injertado la lógica del Derecho y el amor de la Libertad. La obse-

quiosidad teutona, de complacencias siempre manchadas por la idea de lucro, no podía menos que repugnar a su instinto de nobleza, a su franqueza innata. Sin embargo, Francia permanecía indiferente; la admiración que le consagraban no la tornaba curiosa a su vez, y ha sido necesario que esta Francia fuera amenazada de muerte para que se dignase volver los ojos hacia los hijos de su genio.

Instintivamente, nuestros amigos del Nuevo Mundo han hecho de nuestra causa su causa propia y si, como lo esperamos, una vasta armonía cordial reúne mañana en un haz único todas los pueblos de Occidente de un lado y del otro del Atlántico, la obra generosa cumplida por los ibero-americanos, en el curso de esta guerra, aparecerá en todo su esplendor. Al mismo tiempo que podremos ver lo que las letras contemporáneas de España deben a la intelectualidad hispano-americana, fecundada por el genio francés, reconocemos la presciencia casi unánime de las jóvenes Repúblicas de ultramar al poner el mundo en guardia contra un triunfo eventual del pangermanismo.

Esta historia maravillosa de las simpatías ibero-americanas, sosteniendo a Francia y a Bélgica en el momento de la sangrienta prueba y permitiendo al heroísmo de los soldados completar su obra redentora, deberá ser escrita un día. El señor Francisco Contreras, que es un poeta de gran talento y que se ha consagrado infatigablemente a estrechar los vínculos sacros que unen la América española a Francia, nos trae hoy los materiales. Es menester que sepamos cómo fué acogida en tierra americana la acechanza de Alemania contra la Civilización; con qué acentos indignados los



poetas de Buenos Aires o de la Habana, los escritores de Santiago de Chile, los pensadores de Montevideo, recibieron los atentados de que fuimos víctimas, y con qué implacable lógica los juristas de allí condenaron el crimen incalificable.

Si Alemania hubiera hecho la guerra lealmente, habría logrado beneficiarse de circunstancias atenuantes, pero ante sus procedimientos, es lícito preguntarse, con José E. Rodó, si «la civilización occidental lleva verdaderamente en sí el principio moral superior capaz de preservarla de la ruina y la disolución». Este principio superior por esencia a todas las combinaciones y construcciones políticas de la fuerza brutal, domina desde lo alto la insolencia de las razas pretendidamente predestinadas y prepara la afirmación solemne de las fraternidades ideales. Ante la injusta agresión, Bélgica, cuyo pasado español no está completamente muerto, se siente celtolatina y se inmola sin titubear sobre el altar del Honor. En el fondo de la conciencia iberoamericana hubo un despertar semejante, y el alto mérito de los escritores del Nuevo Mundo fué el aceptar de ser los intérpretes fieles de esta conciencia. ¡Oh, la humanidad no fué completa! ya lo sabemos, pero al menos los que conservaron sus simpatías por Alemania quedaron aislados.

¿Es arriesgado pensar que, a veces, la voz de la sangre ha operado su milagro en nuestro favor? Pláceme, cuanto a mí, pensar que algunos ferreteros de Lieja, entre los cuales puedo contar abuelos, descendieron antaño hacia Bilbao y Pamplona de España para pagar allí su industria, y me place encontrar uno de sus nombres, Laffineur o Laffinur, y su probable des-

endencia sobre los bordes del Plata, y evoco con insistencia la figura del poeta argentino Lafinur, que soñó forjar las almas como sus antepasados habían forjado el hierro. ¿Caigo en error al buscar aquí la explicación de ciertas afinidades electivas? Para ser verdaderamente apto a la civilización, el hombre moderno no ha de ser un tipo de raza pura; su sensibilidad para ser avisada, debe participar de los dones de varias razas. Así es más capaz de comprensión y percibe con más claridad el peligro real que puede traer a la humanidad la hegemonía de una sola raza. En el crisol de América, los elementos humanos más diversos vienen a fundirse al amparo de un estatuto de libertad que el pensamiento francés permitió definir. Solamente en ciertos lugares Alemania intenta constituir núcleos refractarios, lo cual no puede ser tolerado si las Repúblicas de ultra Atlántico quieren proseguir en seguridad su desarrollo autónomo. Por esto hay entre ellas y nosotros una solidaridad de aspiraciones que no puede ser abolida sin peligro de muerte para esas Repúblicas y para Francia. No hay que dejar creer que el árbol celtolatino, refugio de la Justicia, de la Libertad, de la Belleza, pueda sentir un día u otro agotarse la savia que crea los nuevos brotes de la primavera.

P. LEVESQUE

De *La Revista Nueva*, de Panamá

En el cuaderno 65 reanudaremos la publicación de *Reflexiones sobre educación de la mujer y Vida adentro*.

Muy curioso...


Es el último librito que publicado en *Renovación*—trae breves artículos del célebre irlandés Oscar Wilde. Sin pasar del primero, con título de *El Príncipe Feliz*, puedo recomendar su lectura. No tengo tiempo para más, porque necesito seguir cosas más necesarias para mí, aunque nada importen después a otras personas.

La estatua de dicho Príncipe, y una golondrina rezagada, sostienen un diálogo admirable, que ni los de Platón. Eso es de un clasicismo cristiano, muy digno de atención para nuestra juventud escritora. ¡Lástima que aquí no se cultive ahora ese modo de pensar y de escribir!... El Príncipe, en estatua, va quedándose sin nada de sus preciosidades, en favor de cuantos sufren, chicos y grandes.

La Golondrina, por servirle, se va quedando en el Norte, sin cuidarse del invierno, por ejercer de mandador en caridades, hasta que se muere de frío... sin que nadie se cuide ni de ella ni del Príncipe, ya empobrecido y remuerto. Pero, finalmente baja un ángel del Cielo y suspende a entrambos bípodos y Dios les depara bien merecido premio entre los bienaventurados...

Por lo demás, si es lícito fijarse ante menudencias, parecen muchas las «Palabras preliminares», para tan breve publicación, y en la traducción, que parece del francés, y no directa de su original, se hace «navío» de todo barco, por pequeño que sea, y eso no es castellano.

HISPANUS

 Solicítese EOS y RENOVACIÓN donde nuestro agente Rafael J. Elizondo, en Heredia.

Hemos recibido

Inter-América, órgano de intercambio intelectual entre los pueblos del Nuevo Mundo (Nos. 3-4 y 5).—Editores: Doubleday, Page & C.º, New York.—Publicación de primer orden, es una de las revistas más importantes.

Anales de Instrucción Primaria, (Julio de 1916 a Julio de 1917), Montevideo.—Publicación oficial magnífica. La recomendamos particularmente a los maestros de escuela.

Colección Ariel, (Cuadernos nos. 104-105 y 106). Director: don Alfredo Greñas.—Lectura sana y agradable.

Cartas a mi sobrino, (cartas publicadas en 1915-1916). Autor: Lic. don Anibal Santos.—Sabrosa y útil lectura. Sabrosa, porque el Sr. Santos escribe como habla, con muy original viveza y gracia. Util, porque nos suministra una multitud de juicios atinados y nos revela sin rodeos el pensamiento de un hombre leal y valiente.

Federico González Suárez, (perfil del varón cívico).—Autor: Alejandro Andrade Coello (Quito, 1917).

Sobre Cervantes y el Quijote, interesante ensayo leído por su autor, don Eduardo Zuleta, en la Universidad de Antioquia, con motivo de la celebración del tercer centenario de Cervantes, Medellín, 1916.

E. J. R.

La inteligencia, el sentimiento y el arte constituyen el gran trío del espíritu, el único caudal con que cuenta la humanidad para labrar su perfección futura; pero habrán de obrar de consuno y en beneficio colectivo; hay una generosidad de la inteligencia que se llama tolerancia, y una inteligencia del sentimiento que se llama justicia, como cabe en el arte todo el amor.

militante del reformador y del apóstol. Así concebida la acción humana, la ciencia es un sacerdocio y la sabiduría un depósito a premio que nuestra inteligencia tiene en custodia; el corazón viene entonces a ser el parlamento donde tienen voz todos los hombres, y el arte, olvidando los apetitos del ego, da al niño sus canciones y sus cuentos, a la doncella sus versos de amor y al anciano su cofre de oro donde guardar sus perfumados recuerdos.—ERNESTO NELSON.

Puede uno sacar las consecuencias más justas, más luminosas, y no tener sentido común. El loco del Pireo... podía calcular maravillosamente... Hemos visto imbéciles que han hecho cálculos y razonamientos todavía más asombrosos. Entonces, no eran imbéciles, me diréis. Alto, amigos, sí lo eran. La cosa es que levantaban su edificio sobre un principio absurdo: ensartaban quimeras sobre quimeras. Un hombre puede caminar a buen paso y perderse sin embargo: y cuanto más camina más se pierde... No es tanto la lógica lo que falta a los hombres como el punto de partida de la lógica.—VOLTAIRE.

Diccionario filosófico.

Lector ¿dónde colocas el punto de partida de tu lógica, en las nubes o en el suelo?—E. J. R.

«La Verdad, la narración de las cosas bellas y ciertas, es el fin propio del Arte», digo yo a la inversa de Oscar Wilde, cuyos cuentos no puedo recomendar.

E. J. R.

IMP. Y LIBRERÍA FALCÓ & BORRASÉ, SAN JOSÉ C. R.

RENOVACIÓN

Cuadernos de 64 a 96 págs. de un solo autor
Precio: 25 céntimos ejemplar

FALCÓ & BORRASÉ, Editores

PUBLICADOS:

- 1 *Las Virgenes Locas*, Vicente Blasco Ibáñez.
- 2 *Clopinel*, Anatole France.
- 3 *Homenaje a Francia*, Varios.
- 4 *La Escuela Altruista*, Anselmo Lorenzo.
- 5 *Lecturas*, Angel Ganivet.
- 6 *La Basílica Fantasma*, Pierre Loti.
- 7 *El Príncipe Feliz*, Oscar Wilde.

EN PREPARACIÓN:

- Miscelanea literario*, Juan Maragall.
Interior (teatro), Mauricio Maeterlinck.
La cadena sin fin (versos), José Toral Sagristá.
Instantáneas, Jacinto Benavente.
El hijo del camino, Jacinto Octavio Picón.
Un poeta lírico, Eca de Queiroz.
Dialogos sobre la belleza, Francisco Pi y Margall.
Prometeo, Ramón Pérez de Ayala.
Crónicas sociales, Joaquín Dicenta.
Cuentos escogidos, Silverio Lanza.
La leyenda cristiana, Augusto Dide.
Poemas, Rabindranat Tagore.
Evangélicas, Pedro P. Palacios (Almafuerte).
Pensamientos de los jardines, Francis Jammes.
La perla negra, Victoriano Sardou.
Desde Europa, José Enrique Rodó.
Cuentos, Leopoldo Alas (Clarín).

Nuestro proposito es dar a conocer los trabajos más notables de Literatura, Ciencia y Pedagogía.

En todos los cuadernos publicaremos una nota bibliográfica y el retrato del autor.

Aparecerán sucesivamente producciones de los escritores más conocidos de todos los países.

LIBRERÍA FALCÓ Y BORRASÉ

BAROJA (PIO)

<i>Aurora roja</i>	C 3.50
<i>La feria de los discretos</i>	3.50
<i>Paradox, rey</i>	3.00
<i>Las tragedias grotescas</i>	3.00
<i>César o nada</i>	4.00
<i>Las inquietudes de Shanti Andia</i>	3.50
<i>El árbol de la ciencia</i>	3.50
<i>El mundo es así</i>	3.50
<i>El camino de perfección</i>	1.25
<i>El mayorazgo de Labraz</i>	1.25
<i>Zalacain el aventurero</i>	1.25
<i>El tablado de Arlequin</i>	1.25

Memorias de un hombre de acción:

<i>El aprendiz de conspirador</i>	3.50
<i>El escuadrón del Brigante</i>	3.50
<i>Los caminos del mundo</i>	3.50
<i>Con la pluma y con el sable</i>	3.50
<i>Los recursos de la astucia</i>	3.50
<i>La ruta del aventurero, novela</i>	3.50

MARTÍNEZ SIERRA (GREGORIO)

<i>Navidad, milagro en tres cuadros</i>	3.00
<i>El diablo se ríe</i>	3.50
<i>Aldea itusoria, ilustrada</i>	3.00

KROPOTKINE (PEDRO)

<i>La conquista del pan</i>	1.25
<i>Palabras de un rebelde</i>	1.25
<i>Campos, fábricas y talleres</i>	1.25
<i>Las prisiones</i>	1.25
<i>La ciencia moderna y el anarquismo</i>	1.25



OBRA NUEVA

EL PRÍNCIPE FELIZ, de OSCAR WILDE.
Consta de 64 páginas de cuentos escogidos
por la escritora CARMEN LIRA. Editado en
Renovación. Vale 25 céntimos tomo. Léalo Ud.

EOS

DIRECTOR RESPONSABLE:
Elías Jiménez Rojas
San José, C. R.

H
056
e691e
e-n.



Tomo VI = Precio: 30 CÉNTIMOS = Cuaderno 62-63

CUADERNOS DE 32 PÁGINAS DE VARIADA LECTURA
 : : : FUNDADA EL 1.º DE FEBRERO DE 1916 : : :

Director responsable: ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Apartado 230.
 Proprietarios: FALCÓ Y BORRASÉ : Impresores-Editores.
 ADMINISTRACIÓN: 7.ª Avenida, Este, N.º 42 : Apartado 638.
 SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

PRECIO DE SUSCRICIÓN:


Por series de 4 cuadernos.....	₡ 0.50
Número atrasado.....	0.20
Tomos empastados I, II, III y IV, cada uno.	3.00
EXTERIOR: 52 cuadernos, pago adelantado.	\$ 3.00

NOTAS: Los colaboradores que nos honren con sus producciones deberán dirigirse al señor Director.

Los canjes y todo lo relacionado con la Administración de EOS, a los señores Falcó y Borrasé.

AGENTES DE «EOS»

San José	José Marín
Heredia	Rafael J. Elizondo
Cartago	David Elizondo
Alajuela	Ramón Méndez
Limón	Agapito Solano
Puntarenas	Alfredo Moya
San Ramón	Nautilio Acosta
Naranjo	Demetrio Cordero
Puriscal	Carlos Charpentier
Coronado	Juan Méndez Chaves
Juan Viñas	Jaime Marín P.
Barba	Ismael Conejo C.
Atenas	Augusto Jenkins
San Antonio, Desamparados.	José M. Arguedas
Grecia.....	Juan Vte. Gutiérrez

 Tenemos a la disposición de los lectores TODOS los números de EOS, desde el primer cuaderno.

DIRECTOR RESPONSABLE:

E. Jiménez Rojas

APARTADO 230

Propietarios: FALCÓ Y BORRASÉ

Administración: 7.ª Av., Este, 42 - San José

Leyendo la importantísima revista “AMÉRICA LATINA” (Números del último trimestre de 1917)

Los libertadores de Europa y del mundo entero

LLOYD GEORGE, Presidente del Consejo, en el Parlamento Británico:

La Flota británica es como uno de esos organismos internos esenciales para la vida, de cuya existencia, sin embargo, no nos damos cuenta sino hasta que vemos que algo en ellos no funciona bien. Es ya cosa más que aceptada, indiscutible entre nosotros, la versión de que *la marina británica constituye el áncora de la causa aliada*. Si llegara a descuidar su vigilancia, las esperanzas de los aliados se verían frustradas.

Para apreciar el poder y la importancia de la marina británica, y ver el papel tan esencial que ha



venido desempeñando en esta contienda, hay que imaginarse lo que habría ocurrido, no ya si no hubiésemos poseído el dominio de los mares al comienzo de la guerra, sino si la Flota británica hubiera sido derrotada, supongamos, un año ha, y que el enemigo nos hubiera arrebatado el cetro de los mares. Nuestras tropas en Francia, en Mesopotamia, en Salónica y en Egipto habrían comenzado a debilitarse, acabando por desaparecer. Francia, careciendo no solamente de nuestro apoyo, sino también de la ayuda material que la Flota británica le presta, se vería con toda probabilidad imposibilitada para protegerse frente al empuje irresistible del enemigo. Italia, privada de la esperanza de procurarse municiones y víveres, habría sido ya presa fácil y caído en las manos de sus despiadados y vengativos enemigos, cosa que no ha sucedido, ni sucederá. Rusia, aislada, tanto por Oriente como por Occidente, habría quedado mucho ha sin defensa. No vacilo en decir que sin la marina británica, habría ocurrido a esta fecha un desastre formidable a la causa de los aliados. Prusia se habría erguido insolente sobre el trono de Europa, llegando después a adueñarse con facilidad del mundo entero.

¿Qué es lo que ha logrado? A pesar de los ataques del enemigo, tanto invisibles como en campo abierto; a pesar de todos sus procedimientos de guerra, a despecho de la «piratería negra», nuestra marina ha logrado transportar 13.000.000 de hombres, 2.000.000 de caballos, 25.000.000 de toneladas de explosivos, 51.000.000 de toneladas de carbón y combustibles petrolíferos, 130.000.000 de toneladas de mercancías. En hombres, sólo se han perdido 3,500; 2,700 de

ellos en acción contra el enemigo, es decir, no como resultado de ningún desastre.

Este ha sido en verdad un triunfo para nuestra armada. No es tiempo aún de apreciar todo el efecto del bloqueo de la marina británica, bloqueo que habría sido completo si no se hubiera dejado la entrada de los Balkanes sin resguardo.

Por lo que hace a nuestra Gran Flota, no ha tenido muchas oportunidades como las que crearon la fama de que hoy goza, mas no ha sido suya la culpa. Por el contrario, eso es una manifestación evidente de su mérito. No se ha debido a ninguna deficiencia de su parte, sino más bien a que el enemigo sabe la eficiencia de que nuestro servicio es capaz. Alemania sabe que nuestra marina se halla alerta, tan bien como nosotros. Desde la batalla de Jutlandia acá, nuestros adversarios no han vuelto a desafiar nuestra Gran Flota, prueba evidéntísima de que no creen mucho en sus propios historiadores. No se han atrevido todavía a salir al encuentro de la armada que tanto alardearon entonces de haber vencido.

La flota ligera, por su lado, labora en medio de peligros constantes y apenas es posible darse cuenta de sus riesgos y vicisitudes. Pero a la eficacia de su organización se debe que los habitantes de las Islas británicas se hallen hoy a salvo y de nada carezcan. En servicio constante, vigilan los mares desde las regiones glaciales del Océano Artico hasta las tempestuosas del Estrecho de Magallanes. No hay océano, mar, bahía o golfo; no hay estero dedicado al tráfico marítimo-comercial, que no esté bajo la inmediata vigilancia de las naves de la marina británica. Las

listas de las bajas habidas dan una idea de lo peligrosa que semejante tarea resulta, pues en proporción se pierden tantas vidas como en el ejército. Con todo, nuestro dominio de los mares se conserva intacto. Veo con satisfacción que en este particular el público ha sabido apreciar la labor especial de la oficialidad y tripulaciones de la marina mercante.

La carrera de marino no es, ni con mucho, una vida de comodidades y regocijos. Recuerdo que cuando ocupé el puesto desempeñado hoy por mi honorable colega Sir A. Stanley, como Presidente del «Board of Trade», la preocupación más urgente de aquellos tiempos era la dificultad en obtener hombres que se dedicasen al mar. A pesar de irse mejorando la norma de vida, se hacía casi imposible persuadir a las gentes a que siguiesen un oficio tan lleno de peligros y con tan pocas comodidades. Eso era en tiempo de paz. Hoy día en tiempo de guerra, la tensión, las dificultades, el terror y el peligro han crecido hasta multiplicarse. La piratería es más desenfrenada y más brutal que nunca: constituye un nuevo terror, sobre los que ya presentaban de por sí las profundidades del mar. El navegante de nuestros días corre más peligros en todos sentidos. Muchos de los faros cuyo exclusivo objeto era servir de guía a los marineros para evitar los escollos, no funcionan. Los barcos tienen, pues, que navegar con frecuencia a toda velocidad, a través de la niebla o de las tormentas, en incesante vigilancia día y noche, penetrando con los ojos la obscuridad, en busca de objetos a menudo difíciles de percibir sobre la superficie de las olas aun en pleno día de sol. Y sin embargo, la existencia depende de

observar a tiempo esos objetos. Pero cuando esas condiciones empeoran es en los momentos en que el enemigo surge inesperadamente; entonces es cuando hasta los más valientes sienten lo que es peligro, abandonados a merced de las olas y lejos de toda playa amiga. No obstante, ninguno de estos hombres ha dejado hasta hoy de volver al servicio. Según he podido averiguar, la generalidad de entre ellos vuelven a hacerse a la mar con más entusiasmo que en tiempo de paz. Con frecuencia se da el caso de individuos que han sido torpedeados dos, tres y hasta siete veces, que apenas reciben nuevas órdenes regresan, porque se dan cuenta de que en los momentos presentes la salvación del país depende de emplear todas las energías con la mayor rapidez posible. No son estos los momentos de ponerse a discutir las atrocidades que nuestros enemigos cometen en los mares; mas no por eso vamos a olvidarlas. Lo que me asombra respecto de los marineros es que han perdido el miedo ante el peligro. No hay uno solo que se esquite; comprenden la degradación y el deshonor que tal actitud significaría para las tradiciones de una noble carrera como es la de la Marina.

Aunque sea someramente, hablaré de nuestros pescadores. La participación que en esta guerra han tomado es considerable. El 60% de nuestros pescadores sirven actualmente en la marina. Sus remolcadores desempeñan tareas sumamente peligrosas, de entre las que pueden confiarse a los marineros,—como es barrer de los mares las minas, ocupación que a menudo termina en desastre. Es increíble el número de minas que esos hombres han recogido. De no ser por eso,

la Gran Bretaña estaría en estos momentos bloqueada por un cerco de máquinas infernales ancladas alrededor de sus costas. Sin embargo, sus servicios no se han limitado a esto. Por doquiera se les ve en los mares, de patrulla, protegiendo barcos, no únicamente en torno de las Islas británicas. Recorren también el Mediterráneo. No hay duda que se han hecho acreedores a nuestra más sincera gratitud.

Para dar a la Cámara una idea de los peligros que estos hombres corren, citaré a continuación un caso que me fué referido en el Almirantazgo. Uno de esos remolcadores se ve atacado de pronto por un submarino alemán. A pesar de que sólo llevaba un cañón de 3 pulgadas, y de hallarse materialmente asediado por su adversario, se negó a arriar la bandera, aun después de que el patrón había perdido las dos piernas y la mayor parte de la tripulación se hallaban muertos o heridos. «Echen los documentos del barco al agua, y a mí tras de ellos,» ordenó. Y cuando los que quedaban con vida insistieron en que los acompañara a la barca en que se alejaron, él se negó, prefiriendo perecer al hundirse el remolcador.

En otra ocasión, un remolcador armado que iba escoltando un convoy de barcos de pesca, se vió atacado por un submarino; asediado, quebrada la botavara mayor, el timón maltrecho y muertos muchos de sus tripulantes, empezó a hundirse, y a pesar de ser remendado varias veces, acabó por irse a pique... Mientras tanto el convoy había llegado a puerto, sano y salvo. Cabe hacer observar que éstos no son hombres expertos en el arte de la guerra, sino simples pescadores. Esto os dará una idea del espíritu que anima a nuestros

marinos, ora se hallen en la armada, ora en la flota mercante o en la de pescadores. Jamás mostraron los marinos británicos, ya en la armada, ya en los servicios auxiliares, más entereza. Jamás habían rendido mayores servicios a su patria o a la humanidad.

Veamos ahora la ayuda con que el ejército ha contribuido. Nuestras fuerzas expedicionarias se componían al principio de la guerra de 160.000 hombres. Hoy día contamos con más de 5.000.000 de hombres, quizás el más estupendo de los hechos que en materia de organización militar se hayan logrado en la historia del mundo. Su realización habría sido materialmente imposible sin el heroísmo y la abnegación del ejército antiguo. El ejército antiguo, lo mejor de los ejércitos que por entonces existían en el mundo, el mejor instruido, más disciplinado, más físicamente perfecto, salvó a Europa. En la retirada de Mons detuvo el empuje irresistible de las hordas enemigas; en la batalla del Marne ayudó a rechazar al invasor; pero fué muy particularmente en la primera gran batalla de Ypres, una de las batallas más decisivas del mundo, donde, con sin igual tenacidad y abnegación, detuvo durante semanas enteras a fuerzas enemigas superiores, de una manera heroica. El enemigo, superior en número y en material; nuestras tropas carecientes de municiones y artillería pesada, y sin reservas. Echóse mano de todo el mundo, caballería, cocineros, aurigas y servidumbre, todos entraron a engrosar las filas; y así, merced al esfuerzo individual y colectivo a la vez de oficiales y soldados, obedientes a una disciplina inflexible y a la firme determinación de vencer, el ejército resistió por fin, y nos salvó de un desastre.

A fines de Noviembre, Francia se había salvado; con ella se salvaba Europa, y del ejército regular apenas quedaban unos cuantos supervivientes. División hubo que entró al combate con 12,000 hombres, y quedó reducida a 3,000. De 400 oficiales, 50 se salvaron en una batalla. El ejército antiguo es el ejército que detuvo en sus pechos las lanzas de las legiones prusianas, y pereciendo salvó a Europa. En el mundo todo, no hay sacrificio que pueda igualársele en grandeza. Sus siete divisiones ocupan un lugar único en la historia y en los anales de las armas británicas.

Tras de eso vino el crudísimo invierno y la primavera de 1914 y 1915; para esa época los más de los antiguos veteranos habían ya desaparecido. Tocó entonces su turno a las tropas territoriales, que entraron, al punto, en acción. El antiguo ejército se había acabado, y el nuevo no estaba apercibido aún; alguien tenía que ocupar las trincheras inundadas de cieno y agua; se hacía preciso que alguien opusiera resistencia a los torrentes de metralla y de fuego de una artillería tan admirablemente equipada como era a la sazón la del enemigo. Era más, debido a la carencia general de municiones, nuestra artillería tenía orden de no disparar más que a razón, cuando más, de dos o tres proyectiles por cañón. Alguien tenía que hacer frente a tal situación durante meses, mientras nuestro nuevo ejército se preparaba. Los territoriales se batieron con todo el ardor de reclutas en su primera carga; sí, con la entereza y pujanza de veteranos en sus múltiples combates. Permittedme que de paso me refiera, con no poca satisfacción, a la deuda de gratitud tan grande que la nación debe al hombre que creó nuestros nue-

vos ejércitos, que salvó al Imperio en los momentos críticos.

Y ahora hablemos de nuestro nuevo ejército, que ocupó la línea de batalla desde las costas alemanas hasta el Golfo Pérsico. El reclutamiento y la instrucción militar de ese ejército fué un hecho sin precedente, y quedará por siempre asociado al nombre de Lord Kitchener. Sería vana pretensión de mi parte tratar de hacer aquí un resumen de los triunfos que estas tropas llevan logrados. ¡Cuántos relatos no hemos leído con frecuencia donde se describen batallas! ¡Cuántos actos de heroísmo no hemos oído narrar a diario! Lo único que yo puedo decir es que podemos enorgullecernos sinceramente de pertenecer a la raza que ha producido hombres así. Nada ha habido hasta hoy que pueda compararse con la intrepidez desplegada por el soldado britano en esta guerra. En las guerras que precedieron a ésta, había grandes y reñidas batallas que duraban horas, pero muy pocas que durasen días. Batallas que constituían ejemplos únicos en la historia. En la actualidad hay batallas que duran, no ya horas, ni días o semanas, sino que se prolongan por meses y meses. Jamás se vió el heroísmo británico sometido a prueba más terrible; jamás triunfó con igual denuedo. Cuando leo las condiciones en que nuestros heroicos soldados combaten, me quedo maravillado de que un mecanismo tan sensitivo y frágil como el del sér humano pueda resistirlas sin el menor trastorno.

Las aventuras de Stonewell Jackson nos llenan de admiración y de asombro, al ver la energía con que el héroe supo capitanear sus tropas a través de los

lodazales y pantanos de Virginia; pero sus tropas jamás tuvieron que resistir días y noches enteros en verdaderas marismas, azotadas por el fulminante fragor de artillerías poderosísimas, para tener luego que lanzarse al combate por terrenos llenos de toda suerte de barreras, bajo la lluvia torrencial de las ametralladoras. He ahí los obstáculos que nuestras tropas han tenido que vencer. Tuvieron que enfrentarse con el más fuerte ejército del mundo, con hombres expertos en el manejo de las armas y oficiales instruidos de antemano, mientras que los nuestros apenas llevaban unos cuantos meses de instrucción, y nuestros oficiales eran en su mayoría empleados de comercio o procedentes de la industria, de las escuelas y colegios; los Generales del enemigo acostumbrados a manejar enormes ejércitos en maniobras, mientras los nuestros, cuando más, habían podido llegar a mandar unos cuantos miles de soldados; y con todo, estos hombres, a pesar de su escasa instrucción militar y la poca ocasión de ejercicios que se les había presentado, están precipitando la derrota de ejércitos veteranos atrincherados en posiciones formidables.

Trataré de referirme someramente a los triunfos que en otros sentidos llevan conquistados. Muy pocas han sido las oportunidades que han tenido en Salónica de conquistarse glorias; llegaron demasiado tarde para salvar a Serbia del desastre, pero afrontaron la malaria del verano y el frío penetrante del invierno, soportándolos con valor y resignación, porque no hay país que haya tenido héroes más animosos y llenos de entusiasmo que los nuestros. En Mesopotamia su heroísmo ha dejado actos inmortales: hay que ver con qué entereza

afrontaron los reveses en un principio, la brillante manera como se recobraron del desastre y volvieron a establecer el prestigio de las armas británicas en todo Oriente. En Africa, a través de condiciones climatológicas sumamente difíciles, por doquiera se han portado estos hombres de una manera que honra al gran país donde nacieron y tiende a dar mayor esplendor a la gloria del gran ejército en que sirven.

No es llegado aún el momento de señalar o clasificar hazañas personales. Terminada la tarea que nos tenemos impuesta, cuando las disputas hayan desaparecido ya de la balanza y podamos apreciar el mérito de la obra alcanzada, cada individuo recibirá, conforme a las tradiciones de nuestro Parlamento, la recompensa que se merece. La Cámara espera, sin duda, que yo diga aquí algo acerca de dos o tres de las figuras más conspicuas de la contienda. Creo de mi deber mencionar desde luego al Generalísimo de nuestro antiguo ejército; así como a dos, cuando menos, de entre los muchos del nuevo ejército, que tantas dificultades ha vencido por ahora: al General Sir Douglas Haig y al General Maude. No me considero competente para expresar en este sentido una opinión acerca de los triunfos logrados por estos grandes soldados. Por consiguiente, si la Cámara me lo permite, voy a citar la autorizada opinión de uno de los miembros más insignes de nuestro Estado Mayor Imperial respecto a estos tres grandes Generales. Con respecto a Lord French, ha dicho: «La nación no podrá olvidar los servicios prestados por Lord French, pues ha desplegado un valor invencible, serenidad y gran perspicacia en circunstancias que por el momento

parecían desesperantes, y en condiciones que pocos jefes han de haber experimentado jamás en su vida.»

Respecto al que actualmente asume el Alto Mando de nuestros ejércitos en Francia, hé aquí lo que esa misma autoridad ha dicho: «No obstante las espléndidas cualidades de nuestras tropas y la enorme superioridad de su material de guerra, puede decirse que el triunfo se ha debido en gran parte a las facultades de organización, de persistencia, de previsión del Alto Jefe. Las operaciones emprendidas en semejante escala requieren jefes sumamente entendidos, cuidadosos, científicamente preparados, y de una habilidad organizadora que antes era desconocida. En todos estos sentidos, no menos que por lo que hace a la confianza que a todos inspira, Sir Douglas Haig, no sólo ha probado ser un gran General, sino también un verdadero caudillo.»

Por lo que hace al General Maude, de cuyos triunfos he hablado ya, la misma autoridad ofrece testimonio de los magníficos servicios prestados por tan prestigioso General; dice: «Ha demostrado un talento, una habilidad y una energía que hacen de él un jefe de un mérito poco común.»

La resolución que hoy nos ocupa se refiere a las fuerzas en servicio activo, y huelga decir que es perfectamente justa. Se trata de dar las gracias a los que han prestado servicios en los campos de batalla. Día vendrá en que hagamos otro tanto respecto de los que han prestado servicios similares en las líneas de retaguardia, dentro del país, en nuestra Plana Mayor, en todos los servicios de alto mando, en la organización de nuestro servicio de transportes, ferrocarriles, ad-

ministración militar, etc. Pero tendremos asimismo, llegado el momento, que clasificar los individuos que en los diversos mandos, altos o menores, han prestado servicio en esta guerra; jefes del ejército, de cuerpos del ejército, de divisiones, brigadas, y otros. Mas no creo que sea ésta ocasión para ocuparnos de los servicios prestados por ellos, con lo cual no queremos significar en modo alguno que dichos servicios no sean grandes, pues profunda es también la gratitud que a ellos debemos.

Antes de concluir lo que tengo de decir acerca del ejército, deseo referirme a las diferentes partes del Imperio que han contribuído a formarlo. Inglaterra ha contribuído con el 75 por ciento. (UN DIPUTADO.—¿Gran Bretaña?) He dicho Inglaterra. (UN DIPUTADO.—¿Y Escocia?) Dentro de algunos instantes tendré el gusto de hablar de Escocia. Antes quiero decir algo acerca de Inglaterra. Y digo esto, no porque Inglaterra no sea suficientemente grande para aportar, no tan sólo su parte, sino más de lo que le toca, en relación con los otros Estados del Imperio, sino porque es necesario hacer hincapié en tal hecho, por la sencilla razón de que nuestros adversarios no se cansan de calumniar a Inglaterra, diciendo que pelea con las fuerzas de otros. Nunca más inexacto que respecto de esta guerra. El 75 por ciento de los hombres alistados, el 75 por ciento de las pérdidas, corresponden a Inglaterra sola. Escocia, como en todo tiempo, ha contribuído con su parte. Irlanda ha aportado una admirable contribución, y lo mismo ha hecho mi país. Como galés, me cabe la satisfacción de decir que por lo que hace a reclutamiento voluntario, por poca

diferencia, es cierto, pero estamos a vanguardia. En siguiendo lugar viene Escocia, en proporción, se entiende.

En cuanto a los Dominios, debo decir que entre todos han contribuido por ahora con 700.000 u 800.000 hombres; es decir, un ejército cinco veces mayor que el de nuestras fuerzas expedicionarias. ¡Y qué contribución! ¡Lo bien que se han batido estos ejércitos! Hay que ver cómo el intrépido y denodado valor de los canadienses salvó a Francia y al ejército británico en la segunda batalla. Cómo en las alturas de Vimy barrieron al enemigo de las posiciones desde donde, por espacio de tres años, había estado desafiando a los ejércitos aliados. ¿Y qué no pudiéramos decir de los soldados de Australia y de Nueva Zelandia, de la audacia y tenacidad con que primero tomaron las posiciones rocosas de Anzac, permaneciendo en ellas durante meses; cómo capturaron Poziers y resistieron los embates del enemigo en Bullecourt? ¡Cuántas hazañas podríamos narrar acerca de los intrépidos contingentes de Sud-Africa, y de los nobles sacrificios de los de Terranova! Dar aquí a la Cámara una lista, aun somera, de los triunfos alcanzados por todos estos soldados, sería interminable. ¿E India? ¿Y la bravura y la lealtad con que han apoyado a los ejércitos británicos? El recuerdo de la importantísima ayuda que tan espontáneamente nos prestaron en momentos de verdadera angustia, no se borrará jamás de nuestra memoria; será un precedente para cuando llegue el momento de arreglar los asuntos internos de aquel país. ¿Cómo dejar de hablar asimismo de las demás colonias, y de su actitud frente al conflicto, de su ayuda material? Jamás había el Imperio británico mos-

trado una unidad más eficaz. Muchos lo consideraron como un sueño; hoy es realidad, un poderoso factor que tiende a regir la historia del mundo y el destino de la humanidad.

Por lo que toca al Servicio de Aviación, el cielo es su campo de batalla, y constituye la caballería de las nubes. En las alturas, lejos de la inmundicia y del cieno, elevados en el firmamento hasta perdersenos de vista, combaten por el triunfo del Derecho sobre la injusticia. Sus contiendas allá arriba, de día como de noche, evocan conflictos miltonianos entre las huestes aladas de la luz y la penumbra. Ora en las regiones más altas, ora en las bajas, siempre combaten al enemigo con tesón. En enormes bandadas, cual extraños pájaros de presa, se ciernen sobre las trincheras enemigas, dispersando la infantería o destruyendo convoyes. Cada combate es una proeza; cada recuerdo una epopeya. Son los caballeros andantes de nuestros días: nada temen, ni nada puede reprocharseles. . .

. . . No menos inolvidables son los servicios y el patriotismo de médicos, sacerdotes y de enfermeras, gentes todas de alta posición social, que han sabido sacrificar con noble orgullo sus lujos y sus comodidades de príncipes, en bien de la Patria.

ASQUITH, ex-Presidente del Consejo, en Liverpool:

En el discurso que pronuncié el otro día en la ciudad de Leeds, hice, en dos frases, un resumen de lo que a mi parecer constituye nuestros propósitos de guerra: La primera fué, que esta guerra tiene por objeto lograr la paz; y la segunda, que es una guerra contra la guerra.

